

# Bosquejos para Sermones

## SERMON DIRIGIDO A LOS GRADUADOS DEL AÑO 1974 EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO VILLA BALLESTER, ARGENTINA

Texto: Mal. 2:6,7

Hermanos corregidos:

¿Por qué queréis ingresar en el ministerio? ¿Es en busca de fama, de honores, riquezas o de una vida cómoda? Si fuese así, os habríais equivocado de camino. Pero si es porque habéis oído el llamado de Dios a que los dones recibidos de él fuesen puestos a su servicio dentro de su reino, entonces podéis dar comienzo al trabajo en el sagrado ministerio.

Pero podrá ser también que hoy estéis llenos de ilusiones y sueños de grandes éxitos, que os imaginéis ser pronto semejantes a Pablo en consagración, ser como un Apolos en elocuencia o como un Pedro en autoridad. Pero tales sueños que pueden tener más bien los estudiantes, no están de acuerdo con la verdad y pueden reventar como un globo, y entonces es grande la desilusión.

Si habéis sentido el gozo de servir a vuestro Señor en fidelidad y constancia pese a toda debilidad, confiando en el poder que él otorga, y si queréis alegraros con los ángeles en el cielo por un pecador que se arrepienta, entonces habéis dado un paso en la dirección correcta.

Escuchemos, pues, en tal situación lo que Dios dice por medio del profeta Malaquías, y observemos por el contexto que esta palabra contiene una seria advertencia. Dios había hecho un pacto con Leví, un pacto de paz y de vida. Ellos debían ser los intermediarios entre Dios y los hombres, debían interceder por el pueblo, administrar justicia, comunicar la palabra de Dios al pueblo, diciéndole que no abandonen el camino del Señor. Ellos tenían el privilegio que les confirió, sabían de la bendición que Dios concedería a sus sacerdotes; pero de la responsabilidad que acompaña-

ba a estas bendiciones ya no querían saber nada. Entonces Dios les advierte por medio de su profeta que cambiaría la bendición en maldición porque se había apartado de él. Dios les recuerda cómo fueron los sacerdotes del principio, con quienes él había hecho un pacto de vida y de paz, sacerdotes que tenían la palabra de su Dios y le ensalzaban sin doblez alguna, sirviéndole con una vida intachable y llevando los pecadores a Dios.

He aquí la descripción de un ministerio fructífero: ¡Que la palabra de Dios esté en vuestros labios y en vuestro corazón! ¡Que dediquéis muchas horas en vuestro escritorio a la meditación de esta palabra! Es cierto que surgirán las dudas dentro de vosotros si esta palabra es el medio eficaz para construir el reino de Dios. Surgirá la tentación dentro de vosotros de querer dejar de lado la palabra de Dios para pasar directamente a la acción. Pero recordad que la acción es el fruto de la palabra de Dios y de la meditación de la misma. Y entonces se tratará de una acción que puede producir frutos. Esa palabra la debéis meditar para poder aplicarla a la situación cambiante de la vida moderna. ¡Permaneced fieles a la verdad que Dios os ha dado!

Extrañas corrientes teológicas corren por el mundo: Por una parte se nos dice que por el amor todo es permitido, hasta cambiar la ley que Dios nos ha dado; que la violencia es un medio legítimo para construir un mundo nuevo y hacer hombres nuevos. Pero nosotros observamos que ya desde tiempos antiguos había ministros que se apartaban de Dios aunque fueron asignados como mensajeros que Dios había dado. Sabemos cómo Aarón levantó el becerro de oro al pueblo diciéndole: Mañana veremos quién es Jehová. Ya entonces querían dar una dimensión humana a Dios. Aarón quería decirles que con este becerro tendrían un Dios visible.

En tiempos de Pablo estaban los cristianos judaizantes. Estos, sí, querían aceptar a Jesús como su Salvador, pero al mismo tiempo querían usar medios procedentes de la ley para mantener el evangelio. Y el apóstol San Juan dice en sus epístolas que han salido falsos profetas que niegan que ha venido el Hijo de Dios en carne, de lo cual el apóstol concluye directamente que no tienen fe.

Es pues allí donde debéis estar alertas para no ser arrastrados por corrientes que os apartan de la Palabra de Dios. ¡Guardaos al mismo tiempo de aferraros a doctrinas como a un simple código que Dios ha dado. La palabra que Dios da quiere engendrar la fe. Y esa fe debe producir también en vosotros mismos, una confianza propia.

El mensaje que debéis presentar es éste: que Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándoles sus pecados; que todos son pecadores y por ser pecadores están apartados de Dios y perdidos, pero que Dios los amó en Cristo y envió a su Hijo para la redención de todos los hombres del mundo; que los que creen en el Hijo de Dios, serán salvos.

Dios ofrece al hombre el perdón; y al ser perdonados, comienza para él una nueva vida porque ha entrado en una nueva relación con su Dios.

Así dice el profeta con respecto al sacerdote: "Ninguna iniquidad debe ser hallada en sus labios", iniquidad: esto es en el hablar con los miembros, en el hablar con los hermanos, en el hablar con otras personas; ninguna doblez ni hipocresía, ningún engaño ni corrupción debe regir en las palabras. Así que, amados hermanos: Un estudio consciente de la palabra de Dios, una proclamación fiel del mensaje que Dios ha dado, eso es lo que Dios espera de vosotros.

Pero esto debe ser acompañado con la vida que debéis llevar; pues el profeta sigue diciendo: "Y en paz y en justicia anduvieron conmigo". El pastor-predicador tiene una gran responsabilidad: Si él peca, arrastra a muchos, confirma a muchos en el pecado. Es por eso que tantas veces exhortan las Escrituras que aquel que quiere ser el ministro de la palabra, debe llevar una vida intachable, debe ser un ejemplo para los demás, ejemplo en fe, en amor, en paciencia, en saber perdonar, y eso en misericordia y en bondad. Esto será posible cuando "andamos con Dios en paz". Es en primer lugar una paz interna, la paz de saberse perdonado por Dios, la paz que nosotros necesitamos porque sabemos que no por propios méritos podremos encontrarlos en la presencia de Dios, sino que por Cristo, Dios nos ha perdonado y ya no tenemos ninguna culpa frente a Dios.

Cuando esta paz viene a nuestro corazón, entonces ella comienza a reinar en este nuestro corazón, y se reflejará en nuestras palabras y también en nuestras acciones. Pero ¡qué triste espectáculo es cuando los que son guías espirituales, viven en discordia! La paz en el corazón debe impulsar siempre, en lo que depende de nosotros, a vivir en paz con todos los hombres. ¡Ojalá que la paz que tenéis con vuestro Dios, se refleje en vuestras relaciones con los demás!

Seguidamente el profeta dice que el sacerdote "anduvo en justicia". "Andar en justicia" quiere decir andar cubierto con la justicia del Señor Jesucristo y llevando una vida santa, con la cual Dios es glorificado. Cuando llevamos tal vida y cuando permanecemos fieles en la predicación de la palabra que Dios ha dado, entonces muchos serán conducidos a Dios. "Muchos pecadores", dice el profeta, serán conducidos a Dios. La que actúa es la palabra, la que atrae es la conducta intachable, la que puede hacer que los demás presten atención a lo que nosotros estamos diciendo. Pero ¡recordemos que es la palabra y la acción del Espíritu Santo por medio de la palabra la que convierte al pecador!

Jesús amó a los pecadores, Jesús comió con ellos, pero Jesús nunca se sumó a los pecadores para pecar con ellos; ni Jesús justificó el pecado que ellos estaban cometiendo. Jesús afirmó que el pecado esclaviza y separa al hombre de Dios, y que sólo por el perdón quedaba borrado el pecado y comenzaba una nueva relación entre el pecador y su Dios.

Y es así que también vosotros debéis aproximaros al pecador llevando al pecador la palabra del perdón para conducirlo al arrepentimiento y para fortalecerlo por medio del evangelio. Asimismo, cuando el miembro es débil, debéis llevarle la palabra para fortalecerlo.

Y ahora vuelvo a preguntar: ¿Por qué queréis ingresar en el sagrado ministerio? ¿Estais dispuestos a ingresar en los términos que Dios fija en su palabra, dispuestos a tener en vuestros labios la palabra de su verdad, a llevar una vida por la cual Dios es glorificado, y dispuestos a conducir a los pecadores a vuestro Señor Jesucristo? Si esta es vuestra intención, entonces, sí, vuestro ministerio será un ministerio fructífero.

Hoy son muchos los que os acompañan, muchos los que van a orar con vosotros para que Dios os bendiga en vuestro ministerio, muchos los que con un apretón de manos habrán de desearles la bendición de Dios para vuestra labor.

Pero vendrá el momento en que estaréis en la soledad de vuestro escritorio, en que os encontraréis frente a un pequeño grupo, momentos en que no vereis ningún fruto, en que no recibiréis ningún aprecio por parte de los hombres. En tal momento puede ser que cunda el desaliento y que la amargura anide en vuestros corazones. Pero ¿qué debéis hacer en tales ocasiones? En tal situación debéis refugiarnos en la palabra de vuestro Dios. Debéis pensar que si todo esto lo habéis hecho, si habéis sido fieles en vuestro labor, entonces debéis decir: "Señor, siervo inútil soy, que he hecho lo que debía hacer." Y debéis aprender que aunque no se vea el resultado de vuestra labor de predicar la palabra y de anunciar el mensaje de la salvación, es Dios el Altísimo a quien servís.

¡Quiera Dios concederles un ministerio fructífero!

Grande es la responsabilidad, pero también es hermoso el privilegio que se os confiere. Vivimos en un mundo de cambios violentos, donde todas las estructuras crujen; vivimos en un mundo de asombrosos adelantos técnicos y científicos. Vivimos en un mundo donde muchos que debieran ser guías espirituales, se dejan arrastrar por espíritus que no son del espíritu que Dios nos ha revelado en su palabra. Y es este mundo en que millones y millones de seres padecen miseria corporal y espiritual y tienen hambre corporal y espiritual, seres que viven en el horror y dominados por el miedo. Y Dios os ha enviado a éstos a que les prediquéis que en Jesucristo hay salvación. Dios os ha enviado para que prediquéis que "de tal manera Dios amó al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", para que anunciéis "que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado", para que ahora todos sin temor, librados de la mano de sus enemigos, le sirvieran todos los días. Dios os ha enviado para que seáis sal de la tierra y luz del mundo para anunciar a este mundo las maravillas de Dios.

Por tanto ¡quiera Dios concederos su Espíritu Santo y su poder para un ministerio fructífero, para el bien de la iglesia, para la salvación de muchas almas, y para la gloria de Dios; Y todo lo que haceis, de palabra y de hechos, hacedlo todo en el nombre del Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de El. Amén.

**E. Kroeger**

